DÍA VEINTE Y SEIS

CONSIDERACIONES SOBRE EL SANTO ESCAPULARIO [1]

Una de las devociones más extendidas más gratas á la Virgen, y más fecundas en frutos de salvación, es la devoción á Nª Sª del Monte Carmelo. Meditemos hoy día el origen y naturaleza de esa devoción y las obligaciones que impone.

Punto Iº. — Origen del Santo Escapulario. Débese el establecimiento de la piadosa cofradía del Escapulario al beato Simón Stock, inglés de nacimiento. Desde la edad de doce años, fué llevado por el espíritu de Dios al desierto, y fijó su vivienda en el hueco de una encina por lo que le dieron el sobrenombre de Stock (tronco de árbol). Allí pasaba los días en continua oración, mortificando su cuerpo con el ayuno y toda clase de austeridades, no bebiendo sino agua, no comiendo sino yerbas, raíces y fruta silvestre, y creciendo cada día con la penitencia su tierna devoción á la Madre de Dios. Ya hacía veinte años que Simón vivía de ese modo, cuando unos monjes del Monte Carmelo

1. Sacadas del *Mes de María de los predicadores.*

vinieron á establecerse en Inglaterra, para dar más extensión á su instituto. Tan prendado quedó Simón de la penitencia de los nuevos religiosos, y de su piedad para con la Virgen santa, que se retiró con ellos, y vino á ser modelo de regularidad y fervor.

Habiendo sido nombrado superior general del Carmelo, el principal objeto que se propuso fué hacer que revivieran en su orden todas las virtudes con la devoción á María. En todo ello acertó, pero le quedaba un deseo: lograr de María una prenda palpable de su protección y de su amor á él, y á la orden del Carmelo. Después de algunos años de oración y lágrimas, se le apareció María rodeada de sinnúmero de bienaventurados espíritus, y con un Escapulario en la mano. Se lo presentó diciendo: Amado hijo, recibe este hábito como librea de mi cofradía. Es un privilegio para ti y para todo el Carmelo, una señal de predestinación, una salvaguardia en los peligros, una prenda de salvación y de sempiterna alianza. El que tenga la dicha de morir con ese hábito, no sufrirá las llamas del infierno.

Y no guardó el Carmelo para sí solo tan insigne favor, pues á todos los fieles brinda sus ventajas. Los papas, los reyes y príncipes dieron presurosos el ejemplo, vistiéndose con el nuevo hábito La rapidez con que se propagaron las asociaciones afiliadas á los Carmelitas, los frutos de gracia que sacaron de tan piadosa

práctica, tantos milagros con que Dios la autorizó, las aprobaciones de los Soberanos Pontífices, el testimonio de los hombres más recomendables por sus virtudes y ciencia, prueban sobradamente la santidad de su origen.

Punto II°. — Naturaleza del santo Escapulario, que es sobre todo una vestidura. En este mundo, los grandes y los príncipes tienen para su servidumbre un traje particular que la distingue ; tienen libreas de honor para premiar el mérito y servicios prestados. Todos tienen á gloria el llevar esas libreas, y á obligación el honrarlas con una conducta digna del príncipe que se las dió. Pues bien, el santo Escapulario es el traje con que la Reina del cielo viste á los que se comprometen á su servicio, esa es su librea. Para los fieles que viven en el mundo, el Escapulario se concreta á mininas proporciones : el que lo lleva, el que lo oculta en los pliegues de su vestido, el que tiene á honra llevarlo, sin desprenderse jamás de él, puede decir á María : Este es el adorno que me distingue á tus ojos, esa es la señal de la consagración que te hice de todo mi ser, y la prenda de tu protección y amor tuyo. Anhelad pues por honra el llevar la santa librea de María y teneos por dichosos de honrarla.

Oiréis quizá que ese vestido es en el mundo objeto de burla y escarnio, pero ¿ que importa? ¿ Es acaso vuestro juez el mundo ? Insensato, se ríe de veros llevar la librea de la virtud, y

no se avergüenza de llevar él la del vicio. Se gloría en adornarse con un pedacito de cinta, con una condecoración honrosamente alcanzada sin duda, pero que por último no es más que una señal de distinción concedida por un príncipe de la tierra, y se sonríe compadecido al ver que nos adornamos con la librea de la Reina del cielo. Pero vosotros, hijos de María, en vez de avergonzaros, gloriaos de tan santo traje, ¿ y por qué no os gloriaríais ? ¿ Por qué no lo llevaríais con orgullo ? Siendo la señal de vuestra consagración á Aquella, que por sus virtudes y gloria tan alto se elevó en el cielo y en la tierra, ¿ cómo no os hiciera dichosos ? Debiendo ayudaros á evitar poderosamente las llamas eternas, si vosotros añadís la práctica, de las virtudes, ¿ por qué no lo tomaríais á empeño cuando veis que tantos se arrojan á la batalla para contender por un andrajo de púrpura, que es la bandera de un partido ? El santo Escapulario es la bandera de los hijos de María, llevadla pues con santo orgullo.

Punto III. — Obligaciones que impone el santo Escapulario. No os figuréis que basta con recibir el santo Escapulario para asegurar la salvación, por más fieles que seáis en cumplir con vuestros deberes ; eso sería hacer servir para vuestra eterna pérdida, lo que ha de servir para vuestra salvación ; no, la devoción al santo Escapulario no ha de ser ni práctica supersticiosa, ni pábulo de presunción. Para ser

miembro de la cofradía del Carmelo, se requieren ciertas condiciones cuya ausencia os privaría de todas las ventajas que estriban en ella. Unas son exteriores, y meramente reglamentarías, como el modo de recepción, la forma del hábito, la constancia en llevarlo día y noche, la fidelidad en recitar las oraciones prescritas (siete padrenuestros, siete avemarías, y siete gloriapatris).

Las demás condiciones son interiores : gran amor por María, celo más activo por honrar su culto, y adornar sus altares, y sobre todo imitación más generosa de sus virtudes. Por supuesto todos los fieles están obligados á imitar á la Virgen, pero los cofrades del santo Escapulario deben hacerlo con mayor perfección. La cualidad de siervos é hijos de María con que se honran, y el santo hábito que visten, no les permite duda alguna.

Luego, un cofrade del Escapulario esclavo de vergonzosas pasiones, ¡ qué monstruosidad, y qué deshonra para la Madre de Dios ! ¡ Qué motivo de dolor para ella el ver entre sus hijos y en su familia Judas que venden á Jesús su amado hijo ! ¡ verdugos y judíos que otra vez le crucifican : sacrílegos que huellan su cuerpo y su sangre ! ¿ Os figuráis el asqueroso contraste que ofrece una alma voluptuosa vestida con el hábito de la más pura de las vírgenes ? ¡ Una alma sensual con la librea de la más mortificada de todas las mujeres ! ¡ Un

orgulloso entre los siervos de la más humilde de todas las criaturas ! ¡ Un iracundo, ó un vengativo en la familia de esa divina madre, tan llena de mansedumbre y caridad ! ¡ Qué espectáculo una joven mundana, inmodesta en el vestir y en sus modos, aficionada al lujo y á la vanidad, en la casa y entre los siervos de la Madre de Dios tan casta, tan modesta, tan púdica, y que jamás pudo sufrir nada que se pareciese, ni aún de lejos, á las máximas del mundo, y las libertades que en él se permiten ! Una persona honrada no puede soportar á su servicio gentes de sospechosa fama, porque redundaría ello en menosprecio suyo ; pensad pues cuánto deslucen á la Virgen santa los cofrades del Escapulario que se abandonan á vergonzosos excesos, y en qué tremendo castigo han de incurrir, si siguen en las vías de la iniquidad. ¿ Cómo se atreverán esos desventurados á parecer ante ella á la hora de la muerte ? ¿ Cómo tendrán la avilantez de presentarle su hábito santo, después de haberlo mancillado, profanado, y tratado tan indignamente ?

Virgen Santísima, tú que siendo la madre de mi Dios, quisiste también ser la mía agregándome al número de tus hijos más amados, no permitas que yo degenere nunca de ese título tan glorioso para mí. Al darme tu hábito santo me diste la prenda más preciosa de tu amor. Haz que, con llevarlo dignamente, yo te dé una

prueba certera de mi agradecimiento. Ya conozco toda la extensión de tu bondad y promesas, ojalá pueda conocer también y llenar toda la extensión de mis obligaciones. Pero, como un hijo puede pedirlo todo á tan buena y poderosa madre yo te suplico te intereses por mí con tu Hijo, para que afianzado con tu crédito, corresponda al designio que él tuvo al crearme, y al que tuviste tú al adoptarme. Tu quieres, como él, que sea por mi santificación : enciende pues en mi pecho el fuego sagrado que santifica, á fin de que yo arda de amor por él, cual quiero arder de celo por ti. Amén.

EJERCICIO

Si acostumbráis felizmente traer algún objeto de piedad en honra de María, no la desairéis con abandonar tan piadosa práctica, sea por indiferencia, sea por respeto humano.

ANÉCDOTAS EDIFICANTES

ESCAPULARIO. — *Es preciso llevar el Escapulario con perseverancia.* — Hacía el capellán de un colegio la visita de los dormitorios para cerciorarse si todos los colegiales estaban acostados, y vió un muchacho de rodillas al lado de su cama. — ¿Por qué no estás ya en la cama? le preguntó el capellán. — Di al portero mi Escapulario para que le pusiera un cordón, y aún no me lo devolvió, y no me atrevo á acostarme, no sea que me muera esta noche sin él. — Encomiéndate á la Virgen y no temas; mañana te devolverán el Escapulario, pero mientras tanto duerme, hijo. — No, no, yo no puedo acostarme, acaso me moriré esta noche. Y hablando así, el pobre muchacho vertía abundantes lágrimas. Movido el capellán de las disposiciones del niño, y admirando su confianza en María, fué á ver al portero, y trajo el Escapulario al jovencito; el cual después de besarlo con devoción, y ponérselo al cuello, se durmió gozoso, invocando á María, á quien llamaba su tierna madre. ¡Qué piedad filial! ¡qué candorosa ternura! Al día siguiente, fué el capellán á ver si todos habían sido exactos en levantarse á la hora señalada, y al llegar al lado de la cama del piadoso muchacho, que tan buen ejemplo había dado, notó que todavía estaba en la cama. Creyó que estaba reparando el tiempo perdido la víspera, y después de llamarlo repetidas veces sin contestación, se aproximó para despertarle. Pero, cosa extraña, estaba muerto, había muerto aquella noche. En su rostro se dibujaba una sonrisa angélica, y aún tenía en las manos el Escapulario, que sin duda besara por última vez antes de dormirse en el Señor. Quiso María premiar la admirable confianza de su joven siervo, con no permitir que muriese sin la santa librea.

El soldado devoto á María. — Era el 13 de mayo 1856. Una fresca mañana de primavera, tan deliciosa en nuestro hermoso suelo de Occitanie, me encaminaba gozoso con el rosario en la mano, hacia el venerado sanctuario de Nª Sª de Gracia, de Rochefort. Después de trepar al monte santo en que se eleva el monumento consagrado á la Reina de los ángeles, entré en la iglesia, la cual está á cargo de los Padres Maristas.

Sentíme vivamente conmovido al ver en los peldaños del altar de la Virgen, un anciano arrodi-

llado, y á su lado un soldado joven hondamente recogido, inclinando casi hasta el suelo su frente quemada del sol. Al salir de la iglesia, me acerqué al anciano, y entré en conversación con él. « Este joven, me dijo, es hijo mío, soldado en el 10º de línea, y regresa de Oriente, donde participó en las sangrientas batallas que se dieron entre el ejército anglofrancés y los rusos. Antes de su partida vinimos á rezar á este santuario. Mi hijo se puso bajo la protección de Nª Sª de Gracia; tomó su gloriosa librea, es decir el Escapulario, se colgó al cuello la medalla de la Virgen, y yo supliqué á la buena Madre, con lágrimas en los ojos, que me lo trajera otra vez sano y salvo al hogar doméstico. Fiel á su promesa, dirigió él todos los días, sobre todo antes del combate, sus ruegos á María. En las acciones más acaloradas, siempre le respetaron las balas, los obuses y metralla; su Escapulario fué cual impenetrable coraza, de que parecían huir los tiros del enemigo. Hallándose un día en la trinchera ante las murallas de Sebastopol, le pareció oír una voz misteriosa que le decía: « Cambia de puesto. » Dió dos pasos adelante, y de repente cayó y estalló una bomba que hizo pedazos al soldado que le había reemplazado, y cuya ensangrentada cabeza fué á dar con su kepis. Cayó creyéndose muerto, pero no tardó en volver en sí reconociendo que ni aun herido estaba, y que la sangre con que estaba salpicado, era la de su desventurado compañero de armas..... Habiéndolo pues salvado de un modo tan particular María, que siempre le cobijó en su ala, apartándole de mil peligros en las olas del mar, y en los campos de batalla, viene ahora á agradecerlo á su divina libertadora, yo le acompañé en su piadosa visita, para dar también gracias á la misericordiosa Virgen, que oyó mis ruegos, devolviéndome mi hijo, único apoyo de mi vejez. »

Honda impresión hizo en mí el relato conmovedor de un anciano de patriarcales costumbres, de fe tan sencilla y candorosa, y creí no disgustar á mis piadosos lectores con participarles ese nuevo rasgo de la inagotable ternura de María. — (Abate T. Blanc, *cura de Domazán*).

Miles de prodigios testimonian la particular protección de María para con los que llevan su santa librea.

En el sitio de Monpeller, un soldado que traía el Escapulario, recibió un mosquetazo al subir al asalto; pero, después de horadar su uniforme, la bala se aplastó sobre el Escapulario, y quedó allí sin hacerle lesión alguna. Luis XIII que se hallaba presente fué testigo del portento, y se apresuró á tomar el hábito santo, cuyo sorprendente efecto acababa de presenciar. (*Vida del B. Simón Stock*).

En 1648, el día de Navidad, pegóse fuego en el castillo de Raguín, en el Anjou; el barón de Sourche arrojó su Escapulario en el incendio, el cual cesó inmediatamente.

Un estudiante de Padua, que por sus desórdenes llegó al extremo de la desesperación, quiso matarse, y se dió tres puñaladas; pero las tres se pararon en el Escapulario que el tomara en tiempos más felices. Puesto á salvo por tan extraordinario suceso, y movido de sentimiento, se arrepintió, y reparó sus pasadas culpas con un vida cristiana.

Un joven estudiante, que había salido salvo de la espantable catástrofe del ferrocarril de Versalles, acompañaba al hospital Necker á un amigo suyo herido gravemente. Al llegar á la sala donde depusieron á su amigo, dijo á una de las religiosas que allí se hallaban: Hermana, si me salvé de ésta, lo debo á mi Escapulario: á la Virgen santa debo la vida. De cuantos estaban en el mismo vagón, sólo yo escapé de la muerte, ni aun un rasguño re-

cibí. ¡Oh! ¡cuánto agradecimiento debo á Dios!

Hace unos años, salía del puerto de San Maló un joven marinero con rumbo á América. Ese joven que pertenecía á una familia expuesta siempre á los azares del mar, se había consagrado á María y traía el Escapulario, pero con gran confianza y amor. Llegado al término de su viaje, quiso bañarse después de algunos días de descanso; quisieron disuadírselo diciendo que las playas eran peligrosas. Persistió él, y nadando se alejó de la orilla. De repente, divisa á poco trecho un tiburón que se lanzaba para tragarlo, aciago y espantable momento. El primer movimiento del joven fué un movimiento de pavor, pero su pensamiento se dirigió al cielo. Cogió el Escapulario que siempre llevaba, lo tremoló con la mano izquierda, enseñándolo al tiburón, y procurando nadar con la derecha. Detúvose el monstruo como cegado ó paralizado, y cobijado con la celestial armadura, siguió nadando el protegido de la Virgen, llegando luego á la orilla, donde exclamó prosternándose: *¡Ave María!* Desde entonces, en cada viaje, lleva consigo Escapularios no sólo para sí, sino tambien para los demás marineros.

Nosotros conocemos al héroe de este relato, dice el redactor del *Magasin catholique,* y podemos asegurar su perfecta veracidad, y la exactitud de ese hecho, que tan grato nos es contar para gloria de Nª Sª del Carmelo.

DÍA VEINTE Y SIETE

CONSIDERACIONES SOBRE EL SANTO CORAZÓN DE MARÍA

Para comprender la excelencia del corazón de María, y la veneración con que debéis obsequiarle, tenéis que considerar lo que él es en sí mismo, lo que es en su unión con Dios, y lo que es en su amor por los hombres.

Punto Iº. — El corazón de María considerado en sí mismo. « Debe ser el corazón del hombre algo muy superior á las demás obras que salieron de manos de Dios, para que ese Dios todopoderoso manifieste él mismo su gran amor por tan débil corazón, amándole hasta los celos, teniendo á gloria el conquistarle y reinar en él[1]. » Nuestro corazón, eso nos pide en cambio de todo cuanto hizo por nosotros; para lograrlo, se humilla hasta los ruegos: Hijo mío, dame tu corazón[2]. Recurre á las promesas[3]; y se compromete á dejarse ver sin velo á los corazones puros, á no poner lindes en sus liberalidades para con los corazones rectos. En una palabra, Dios no cesa jamás de tener puesta su mirada

1. Ab. Ladén.
2. Prov., xxiii, 26.
3. Math., v, 8.